

ahinco se los pedía, le ofreció su amistad, que él tuvo que resignarse á aceptar y que desde aquel momento fué siempre pura y sincera.

Al saber con todos sus pormenores la infamia de Fernando y la desventura de Marietta, Ludovico sintió en su alma un vehemente deseo de venganza, que las súplicas de Marietta lograron con gran trabajo adormecer; y agradecido á la confianza de la bella tejedora, procurando enseñorear su amor de modo que nunca pudiera ofender á la que se le inspiraba, iba de vez en cuando á pasar algunas horas á la casa del molino, donde su paciencia para escuchar y responder á Marta, su respeto á Marietta, su condescendencia hácia Mário, sus bondades para con los criados, le hicieron querer de todos. Su presencia en aquella pequeña sociedad era siempre deseada y aplaudida.

Ya hemos visto que la noche en que desapareció Mário, Ludovico acompañó en sus investigaciones á Marietta, y sabemos tambien que no abandonó á esta durante su horrible enfermedad. Cuando la muerte vino á terminar los padecimientos de la desventurada madre, Ludovico no se apartó un instante del cadáver hasta que le dejó en el cementerio.

XVI.

Un encuentro.

Sin duda recordarán los que con algun interes hayan leído lo que de nuestra historia va escrito, que la noche en que Paco el Zurdo robó al niño Mário, entregó Cárlos á Marietta un pliego cerrado que esta no leyó inmediatamenté, y que luego olvidó por completo en su afliccion y en su locura.

Despues de su muerte, Ludovico, que como todos los enamorados gustaba de tocar cuantos objetos habian pertenecido á su amada, encontró el pliego en la bolsa del vestido que Marietta llevaba aquella noche fatal.

Vaciló un momento en abrirle, pero considerando que tal vez tendria alguna referencia á la desaparicion del niño, y despues de consultar con Marta, que no comprendió siquiera lo que Ludovico queria decirle, rompió el sello y leyó lo que sigue:

“Si la madre de Mário desea tener noticias de su hijo y saber bajo que condiciones le será devuelto, dirijase á Doña Rosa

Quiñones en Cadiz, taberna del "Padre Noé" cerca del Trocadero, poniendo una señal en forma de cruz en el extremo izquierdo del sobrescrito."

Desde aquel momento comprendió Ludovico que el golpe que habia herido de muerte á la pobre Marietta venia directamente de su infame seductor, y juró vengarla y hacerse cargo del niño.

Para lograrlo le era preciso pasar á España, y libre ya de todo lo que pudiera detenerle en Pésaro, una vez que la casa del molino y la pobre Marta fueron presa de las llamas, vendió su empleo de sacristan de la iglesia de la Misericordia, reunió sus economías y dispuso su marcha.

La víspera del dia en que debia partir quiso dar el último adios á Marietta y fué al cementerio. Allí permaneció largo rato de rodillas y orando sobre la tumba de la única mujer á quien habia amado, y renovó su juramento de vengarla y proteger á Mário.

Ya era de noche cuando dejó el cementerio, y se dirigió á las ruinas que queria contemplar por última vez.

Estaba muy cerca del sitio que habia ocupado la casa de Juan el largo, y que, como saben nuestros lectores, estaba marcado con algunos trozos de paredes ahumados y montones de tierra y escombros, cuando le pareció oír algo como el eco de un gemido.

Inmediatamente se detuvo y fijó su atencion. El mismo ruido, mas distinto, llegó á sus oídos.

Entonces se acercó al lugar de donde venia la voz, procurando que no se oyesen sus pasos, y vió á un hombre, que con la frente apoyada en lo que en otro tiempo fué dintel de una ventana, parecia entregado á un dolor profundo.

Ludovico se detuvo, y oculto tras de un trozo de pared, continuó observando los movimientos de aquel hombre, que des-

pues de haber permanecido allí un rato en la misma posición de abatimiento, tomó el camino de la ciudad.

Ludovico le siguió.

El desconocido caminaba con precipitacion y parecia tener miedo. A cada momento volvia la cara azorado, sin duda porque oía los pasos de Ludovico, y éste tenia los mayores trabajos del mundo para no ser descubierto. Así llegaron á la ciudad y á la puerta de un hotel donde desapareció el hombre á quien seguia el ex-sacristan de la Misericordia.

Pasado un momento, Ludovico se acercó á la puerta y llamó. El postigo se abrió en el acto.

—¿Hay un cuarto para esta noche?

—Sí, señor.

—Pues anda listo.

El portero fué á despertar no sin trabajo al camarista y se volvió hácia Ludovico.

—¿Mi propina?

—Toma—le dijo Ludovico poniéndole un zequí de oro en la mano.

—Gracias, mil gracias, alteza.

—¿Quién ha entrado hace un rato?

—Es el número ocho, magnánimo príncipe. ¿Hay algo mas en que pueda servir á su eminencia?

—¿Quién es el número ocho?

—Es un caballero español, egregio monarca—replicó el portero, que dando vueltas en la mano á la moneda de oro, como para asegurarse de que lo era en realidad, elevaba en dignidad á Ludovico á medida que se convencía de que era un verdadero zequí romano el que debia á la generosidad del nuevo huésped.

El camarista vino á avisar que estaba dispuesto el cuarto, y

como es de rigor en Italia, tendió la mano pidiendo, como el portero, su propina.

Ludovico fué igualmente generoso para él y aquellos dos hombres le acompañaron hasta su cuarto deshaciéndose en cortesías y protestándole que estaban dispuestos á dar la vida por servirle.

XVII.

El primer crimen.

Ludovico no conocia personalmente á Fernando; no habia visto el rostro del hombre á quien encontró en las ruinas; pero sus sospechas de que era el seductor de Marietta se confirmaron cuando el portero del hotel pronunció estas palabras:

—Es un caballero español.

Resuelto á castigar al seductor infame y al vil asesino de Marietta, resolvió dilatar su viaje á España y reflexionó seriamente sobre lo que debia hacer.

Habia jurado sobre una tumba vengar á la pobre víctima encerrada en ella, y por nada en el mundo habria faltado á esa promesa hecha solemnemente á una muerta. ¿Pero cómo cumpliria su juramento? ¿cómo aseguraria su venganza sin comprometer la vida y el porvenir del niño Mário?

Ludovico pensaba, y con razon, que si asesinaba á Fernando perdía acaso el único medio seguro de saber del niño, y creia que una vez muerto el padre de Mário, la tabernera del